

ces haya en el Congreso hombres eminentes, muy superiores al nivel común de sus ciudadanos; pero sí afirmo que, entonces, su influencia es superficial y efímera, casi siempre. Para que ella sea profunda y transformadora es necesario que la opinión general lo inspire, lo sostenga y también, lo contenga, cuando la ocasión se presente. A fines de su administración, el General Guardia convocó una Constituyente. Tuvieron asiento en ella personas muy notables. La figura descolante fué la de don Julián Volio. El encanto de su palabra aún me dura. Yo era un mozalbeta, siempre pendiente, en las barras, de sus labios y listo a aplaudir sus golpes de maza, sus lecciones de democracia y sus elocuentes invectivas. Había vivido él en California, y por haber vivido allí, era ferviente admirador de los americanos; y se esforzaba por aclimatar aquí las ideas y prácticas políticas del norte. Nada más loable, y nada más necesario. No lo pensó así el General Guardia; y una mañana apareció cerrado, por orden suya, el Salón del Congreso. No se plantó el cartel de *Se alquila*, que Cromwell fijó en el edificio del Parlamento, pero el resultado fué igual. A don Julián lo mandaron a su finca de San Ramón; y en seguida, sin conmoción, todo recobró su pasividad y resignación de antes. ¿Por qué? Porque don Julián iba muy adelante de sus contemporáneos; porque no representaba los deseos vivos y las posibilidades de éstos; porque pretendía lo imposible, esto es, que el muchacho encanijado caminara a la par suya, al compás de sus pasos, como si pudiera dar zancadas de gigante. Por las candidaturas que circulan, supongo que el próximo Congreso será excepcionalmente bueno; y si ahora no lo fuere, ¿cuándo? Pero con todo, mucho me temo que no ha de tener mejor suerte que la Constituyente de don Julián y sus colegas. Su influencia, poco modificará el fondo de las cosas.

Hablando en términos teológicos, para que la sociedad se salve es preciso que cada individuo labre su propia salvación. Cuando esto se obtenga, todo lo demás, incluso el buen gobierno, nos será dado, por añadidura. Lo que importa por ahora, si es que queremos regeneración, y si es que lo queremos del fondo del corazón y no de los dientes para afuera, es trabajar fuera del Congreso y sin preocuparnos mucho de él. De esa manera llegaremos a tener Congresos buenos y eficientes. Es la tesis de mi amigo Tovar.

Pronto hará un siglo del gobierno de don Braulio, gobernante del género Bonaparte: un cerebro de gran administrador, servido por una mano férrea, que hace añicos, sin escrúpulos, toda resistencia. Le debemos el proto-

tipo de los gobiernos de fuerza, en Costa Rica; y, a un siglo de distancia, acabamos de tener otro, que le hace *pendant*. Como salimos de las manos de don Braulio, así estamos. Carrillo puso fuera de la ley a don Joaquín Mora. Cayó Carrillo, y el gobierno posterior de Alfaro, enemigo de Carri-

En EL CONVIVIO se acaba de publicar la interesantísima lectura de Eugenio D'Ors titulada «De la amistad y del diálogo»: sustento espiritual de primera clase para los jóvenes.

Búsqese en la Librería de Tormo. Se vende a 50 ctms. Para el extranjero: 20 ctms. oro am.

Ya está en prensa—en la misma serie de EL CONVIVIO—la Evangelina de Longfellow, según la excelente traducción en prosa castellana de Rafael M. Merchán.

llo, puso fuera de la ley a todo aquel que alzase la voz, desconociendo al Gobierno. Don Braulio se indignó contra Alfaro y su Ministro, porque autorizaban el asesinato. Otro pudo indignarse, no don Braulio. Pero esto

hace poco al caso. Lo que importa es que distintos los gobernantes e iguales los procedimientos. Variaron los Jefes del Estado, pero como el pueblo no había variado, como los costarricenses seguían siendo los mismos, el gobierno de fuerza que es el que da espontáneamente la tierra, como da el chirrite, el jalacate y el tuete, perduró y lo hemos visto, entonces y después, por largas temporadas, lozano y floreciente, hasta en nuestros días. Se arranca, se vuelcan hacia el sol sus raíces, y lo cree uno exterminado. Pues nada; viene una lluvia propicia y resurge con más vicio que nunca. Hay que cambiar a los gobernantes, siempre es bueno; pero, sobre todo, hay que cambiar a los gobernados. La herida ha de sanar de adentro para afuera; y si no cierra en falso. Estas son mis ideas de viejo; y por eso no hago cola a la puerta del Congreso, y menos codeo a nadie, para cogerle la delantera. Me pasa con el Congreso lo que con un templo teosófico: lo respeto, pero no quiero entrar en él.

Su atento servidor,

RICARDO JIMÉNEZ.

(*El Renacimiento*.—Cartago, 22 de octubre de 1919.)

EL MAGISTERIO ESCOLAR

HERMOSAS PALABRAS DE HELBERT HUBBARD

(A propósito del Primer Congreso Chileno de Educación Primaria)

No con toda la amplitud que hubiera sido de desear, ha dado cuenta la prensa de Santiago, de las sesiones y trabajos del Primer Congreso de Educación Primaria, que ha reunido en la capital a centenares de maestros y maestras, venidos de todos los ámbitos de la República para cambiar ideas sobre los objetivos, las aspiraciones y las realidades de su alto apostolado, para levantar sus espíritus con el estímulo mutuo y fortificar sus corazones en la unión, en la solidaridad y en la cooperación, que son hoy las grandes palancas de todo progreso social.

Los elementos dirigentes de nuestra política y de nuestra sociabilidad—salvo honrosas excepciones—han ignorado casi por completo este hermoso movimiento, que en otros países habría preocupado y sacudido a la opinión, tanto como aquí la preocupan los más menudos incidentes de la política de entre bastidores.

Meditando con tristeza en este hecho revelador, que demuestra cuán poco se ha hecho carne y sangre en nuestro organismo social el sentimiento de la importancia única y so-

berana de la *escuela primaria*, formadora del alma popular y, por ende, base cardinal insustituible para el desarrollo de una democracia ordenada y progresista, recordé un librito pequeño y original que yo conservaba entre mis *souvenirs* de Estados Unidos, y en el cual un artista anacoreta y extraño, Elbert Hubbard, hablando «de corazón a corazón» con los *filisteos* de su rebaño de rebeldes (el pequeño folleto es una revista intitulada *The Philistine, a periodical of protest*), se quejaba, hace diez y siete años, del mismo mal que hoy nos aqueja en Chile.

Como los hermosos conceptos de Mr. Hubbard, de actualidad entonces en Estados Unidos, lo son, aún ahora, entre nosotros, voy a traducir aquí sus palabras, en homenaje a esa pléyade de heroicos precursores del porvenir que, reunidos hoy en Santiago, se dispersarán mañana a todos los ámbitos del territorio, a continuar su oscura y noble tarea de sembradores de la buena simiente.

Habla Helbert Hubbard:

«Es una gran cosa enseñar. Nunca me siento más halagado que cuando